



A una sociedad a la que le sobra gente le hace falta educar a una gran parte de la población en el fracaso, y por eso dedica grandes esfuerzos a convencer a los no-elegidos de que su desgracia es su propia culpa, y que ellos mismos deberían encargarse de su propia eliminación. Se trata de una forma cruel y sistemática de la pena de muerte.

He estado viviendo con esos condenados en su callejón de la muerte, yo mismo he sido uno de ellos, quizá lo sigo siendo, y simplemente me han dado unos días de más mientras ponen aceite a la máquina de matar.

Condena sin juicio, ni juez, ni abogados. Pero condena al fina al cabo. Condena a muerte. Pena máxima. Un día recibes una carta sin remitente donde te dicen que no hay cupo para ti en el mundo de los vivos y que a partir de ese momento eres un sobrante. *Espere más instrucciones*, remata la misiva. Inútil huir. A partir de allí uno empieza a *oler a formol*. La vida se llena de lugares prohibidos. La prohibición más severa es la de no tocar a los demás. Cero contacto. Terminantemente prohibido. Es una estocada mortal, una preparación para lo que sigue. Un entrante para comenzar a probar el sabor de la anulación.

El no contacto los vuelve islas a la deriva, espectadores de un mundo donde ya no tienen lugar. Sólo pueden ver y oír. Sentidos de la distancia. Esa es la primera parte de la condena, que consiste en introducir distancia y separación; hacer que los demás se vuelvan un mundo inaccesible, como un producto de lujo visto desde una vitrina que dice *no tocar*.

El siguiente paso es conocido como el lavado de ser. Consiste en enmudecer la voz interior que aún reclamaba el derecho a disfrutar de la existencia en sí misma. Los sobrantes tenían que entender, sin que nadie se los dijera, que estaban perdidos porque su ser interior era *anómalo, inútil, incompatible*. El propósito era acelerar la renuncia. Renuncia a la fe. Para ello existía la llamada *terapia de ruido combinado*. Consistía en una ofuscación simultánea de la vista y el oído. Imágenes y más imágenes eran aplicadas sobre la retina, imágenes del mundo, calles, desiertos, pornografía, noticias de la guerra, noticias de deportes, clases magistrales de filosofía, fábricas en plena marcha, fábricas abandonadas. A cada imagen correspondía un sonido, un ruido que *no* era la versión acústica de lo que sucedía en el campo visual, sino *otra cosa*. A la imagen del profesor de filosofía correspondía el ruido de lavadoras en el ciclo de centrifugado, a las noticias de deportes un fragmento de la sinfonía N^o 10 de Shostakovich sonando en una vieja radio con mucha distorsión; a la noticias de la guerra le correspondía un silencio sospechoso interrumpido aleatoriamente por gritos de niños jugando y ruidos de ollas y cacerolas en la cocina. En el fondo sonaba una marcha militar con un coro añadido que decía: *ha llegado la gloriosa hora de renunciar*.

Esta terapia buscaba (y conseguía) anular la capacidad de contacto directo con la realidad. Los condenados se veían paulatinamente anulados, se introducía en ellos un *intermediario maligno*. La vida se les volvía un problema extremadamente

complicado. Sus mayores logros eran poder realizar las tareas cotidianas mínimas. Era su forma de resistencia: lavar la ropa, cocinar un arroz con verduras, poner una sábana limpia en la cama. Cualquiera de esas actividades les exigían la totalidad de su exigua vitalidad.

Número siete

Bande à part

Imágenes: Juan Jiménez García

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

Deja vacío este campo si eres humano: